

SANGRE SUDOR Y PAZ

LA GUARDIA CIVIL CONTRA ETA

Lorenzo Silva
Manuel Sánchez
Gonzalo Araluce

Sangre, sudor y paz

Lorenzo Silva

Manuel Sánchez

Gonzalo Araluce

La Guardia Civil contra ETA

© Lorenzo Silva, Manuel Sánchez y Gonzalo Araluce, 2017

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Primera edición: octubre de 2017

Todas las imágenes de los pliegos proceden del archivo de la Guardia Civil o han sido cedidas para este libro.

© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., 2017
Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

PAPYRO - fotocomposición
EGEDSA - impresión
DEPÓSITO LEGAL: B. 16.817-2017
ISBN: 978-84-9942-637-2

ÍNDICE

Prólogo	11
---------	----

PRIMERA PARTE A LA SOMBRA DE FRANCO

1. Cómo y por qué aparece ETA. El asesinato del guardia civil Pardines	19
2. ETA va ganando fuerza sin que nada se le oponga	31
3. Tras Carrero Blanco, los guardias civiles son el blanco preferido	47
4. De antifranquista a independentista	65

SEGUNDA PARTE SANGRE PARA AHOGAR A LA DEMOCRACIA

5. ETA se refuerza con la amnistía y planta cara a la Constitución	77
6. Elecciones y más muertos	91
7. Reacción del Estado: cara y cruz	109
8. Demasiado protagonismo para la Guardia Civil	133
9. El fracaso de las primeras conversaciones	155

TERCERA PARTE LA GUARDIA CIVIL, LA VISITA INESPERADA

10. Caen dos comandos en una misma jugada	171
11. Tampoco 1990 será el año de ETA	183
12. 1991: se acaba el tiempo	195

13. El momento más delicado de su existencia	211
14. Secuestros para desestabilizar	227
15. Dos nombres para la historia: Ortega Lara y Miguel Ángel Blanco	245
16. El PNV se va con ETA. Tregua. Fracaso. Y vuelve el terror	261

CUARTA PARTE

EL ESTADO Y LA GUARDIA CIVIL RESUELVEN EL PARTIDO

17. Intercambio de golpes	285
18. Reacción del Estado	301
19. Operación Santuario: el golpe definitivo a ETA	329
20. Rebelión, desmoralización, tregua y conversaciones	351

QUINTA PARTE

UN FINAL JUSTO

21. Un órdago con poca ley	375
22. Dos puñaladas en el corazón	391
23. Le toca el turno a <i>Txeroki</i>	409
24. Acta de defunción de ETA	427
25. Último asesinato, último jefe detenido	447
26. La Guardia Civil aplica la ley hasta el final	457
27. Paisajes después de la batalla	477
Epílogo	485
Algunas cifras	491
Índice onomástico	499

CÓMO Y POR QUÉ APARECE ETA. EL ASESINATO DEL GUARDIA CIVIL PARDINES

«¡Quietos, asesinos, quietos ahí!» El camionero Fermín Garcés se encerraba así con quienes, apenas unos segundos antes, habían descerrajado cinco disparos contra el guardia civil José Antonio Pardines Arcay, que yacía en el suelo en medio de un charco de sangre. Eran las cinco y media de la tarde y el ataque había tenido lugar en la carretera N-I, a la altura de la localidad guipuzcoana de Villabona. Los pistoleros, dos jóvenes vascos, acababan de cometer el primer homicidio de una ETA aún incipiente. Iñaki Sarasketa y Txabi Etxebarrieta, los autores del atentado, apuntaron con su arma a Fermín. Le quedó claro: o se apartaba de su camino, o abrirían fuego contra él.

La fecha del 7 de junio de 1968 está grabada a fuego en la memoria colectiva de la Guardia Civil. Los hechos que sucedieron aquel día marcaron el transcurso de las décadas venideras. Por entonces, lejos de la eficacia que acabaría alcanzando la lucha del cuerpo contra ETA, los agentes se encontraban sin apenas herramientas ni formación para combatir a los terroristas, y mucho menos tenían una conciencia clara de lo que ya se apuntaba en el horizonte. La clandestina organización armada, por el contrario, extendía sus bases entre estudiantes vascos que abanderaban la oposición al régimen franquista. Los dos activistas que habían asesinado a Pardines formaban parte de ese entorno. Sarasketa dirigía la organización en Guipúzcoa, a pesar de tener solo diecinueve años, mientras que Etxebarrieta, de veintitrés, era un líder significado, había dirigido la V Asamblea, era economista y dedicaba sus ratos libres a la poesía. Algunos de sus correligionarios ya habían perpetrado atentados menores contra lugares simbólicos.

ETA contaba por entonces con una mínima estructura y unos objetivos relativamente concretos. Sus fundadores formaban parte de las juventudes del Partido Nacionalista Vasco y estudiaban en la Universidad de Deusto. Su descontento por lo que consideraban la pasividad de ese partido en la defensa de las señas de identidad vascas les llevó a debatir y estudiar las diversas cuestiones que habían servido históricamente de soporte a la ideología nacionalista. En el curso 1951-52, este puñado de estudiantes creó Ekin, un grupo que se citaba semanalmente para hablar de literatura, filosofía, economía e historia del nacionalismo. El fruto de sus debates se recogía en una revista con el mismo nombre bajo el que se reunían. El modelo no tardó en ser copiado en San Sebastián. El esqueleto de lo que pronto se convertiría en ETA se fortaleció con rapidez, hasta el punto de aspirar a absorber a Euzko Gaztedi Indarra (EGI), las juventudes reconocidas por el PNV dentro de su organigrama. El movimiento, no obstante, requería la aprobación del Gobierno vasco en el exilio. El 31 de julio de 1959, nueve años antes del asesinato del guardia civil Pardines, los promotores de esta escisión remitieron a la dirección del PNV el manifiesto fundacional de ETA, aunque alguno de sus fundadores fija el nacimiento a finales del año anterior.

Sarasketa y Etxebarrieta se habían integrado en esa estructura, que heredaba de la Guerra Civil y la inmediata posguerra un arraigado sentimiento de venganza contra las Fuerzas Armadas y los cuerpos policiales. Ese resentimiento era uno de los elementos que sostenían la determinación de ambos terroristas, a quienes no les tembló el pulso para matar al agente Pardines. Sarasketa, en una versión que parece más próxima a sus propósitos de exculpación moral que a la realidad, describiría tres décadas más tarde, en un reportaje publicado en el diario *El Mundo* en 1998, aquella jornada como un «día aciago»:

Supongo que [Pardines] se dio cuenta de que la matrícula era falsa. Por lo menos, sospechó. Nos pidió la documentación y dio la vuelta al coche para comprobar si coincidía con los números del motor. Txabi me dijo: «Si lo descubre, le mato». «No hace falta», contesté yo, «lo desarmamos y nos vamos». «No, si lo descubre le mato». Salimos del coche. El guardia civil nos daba la espalda, de cuclillas mirando el motor en la parte de detrás. Sin volverse empezó a hablar: «Esto no coincide...». Txabi sacó la pistola y le disparó en ese momento. Cayó boca arriba. Txabi volvió a dispararle tres o cuatro tiros más en el pecho. Había tomado centraminas [anfetamina estimulante] y quizá eso influyó.

Pero esta versión no encaja exactamente con los documentos de los que dispone la Guardia Civil, fruto de su investigación de los hechos. De las cinco balas que impactaron contra Pardines, tres eran del calibre 9 mm, correspondiente al arma que llevaba Etxebarrieta; las otras dos balas eran de un calibre inferior, de 7,65 mm, idéntico al de la pistola que portaba Sarasketa. De acuerdo con el atestado, los agentes se encontraron a Pardines «con la pistola reglamentaria en su funda abrochada y la documentación del vehículo inspeccionado en su mano derecha». El relato recogido en la sentencia del consejo de guerra del 27 de junio de 1968 se detiene, por su parte, en la actitud que Pardines mostraba en aquel examen rutinario de las matrículas del vehículo en el que viajaban Sarasketa y Etxebarrieta, un Seat 850 Coupé de color blanco:

Quando el guardia, completamente ajeno a toda idea de peligro, tenía la atención puesta en el examen de la documentación del coche y tal vez en la confrontación del número de la misma con el del motor, ambos paisanos dispararon sus pistolas contra él.

El camionero Fermín Garcés, que venía desde Francia con una carga de madera, presencié el crimen. Con una mano, agarró a Sarasketa por el hombro, pero lo soltó tras ser encañonado por el terrorista. Etxebarrieta tiró al suelo la moto de Pardines y, ya junto a su compañero, huyeron a bordo de su coche en dirección a Villabona. Así describe el camionero Garcés los acontecimientos que se sucedieron a continuación:

Al guardia civil le habían disparado cuatro o cinco tiros una vez caído en el suelo, y sangraba por la boca. Inmediatamente me dirijo a los ocupantes de un segundo vehículo que estaba detrás de mi camión, y les digo que se den la vuelta porque acaban de matar a un guardia civil, y que avisen al otro guardia que había al principio de las obras, a un kilómetro más o menos de distancia, cosa que hacen. Después les digo a los ocupantes de un tercer vehículo que tenemos que perseguir a los asesinos, que han huido en dirección a Tolosa, a ver si conseguimos darles alcance para ver su matrícula, iniciando la persecución a toda velocidad, pero no logramos alcanzarles. A un kilómetro más o menos de distancia había una empresa papelera y paramos allí para poder llamar por teléfono y avisar de lo que había ocurrido. Se lo dije a los de la papelera y desde allí llamaron a la Guardia Civil, creo que al cuartel de Tolosa.

Al otro extremo de las obras que vigilaba Pardines se encontraba su compañero Félix de Diego. El agente montó en su motocicleta e inmediatamente se trasladó hasta el lugar del atentado. Tras comprobar la muerte de Pardines, avisó a la Jefatura de la Comandancia. Actuar con rapidez era fundamental para dar caza a los terroristas. Aquel despliegue pondría a prueba la capacidad de una Guardia Civil apenas especializada en su lucha contra ETA. La Benemérita había sido sometida un año antes a la reorganización de sus despliegues territoriales, con el traslado de sus principales sedes de la zona norte a Vitoria, Pamplona y Burgos. Los agentes empezaban a asumir también, aunque aún de manera insuficiente, cambios en materia de información. Su estrategia contra los maquis tras la Guerra Civil, exitosa frente a un enemigo aislado y situado en el medio rural, principalmente, había quedado por completo obsoleta para hacer frente a este desafío terrorista, mucho más imbricado en la sociedad, y que comenzaba a representar una de las principales amenazas para el Estado en el País Vasco y Navarra, aunque entonces nadie fuera plenamente consciente de ello.

El operativo montado para capturar a los asesinos de Pardines apenas difería del que se podría haber desplegado ante cualquier otro delincuente. Los agentes activaron dispositivos de búsqueda en las principales carreteras de las inmediaciones, con la esperanza de que los terroristas huyeran a través de alguna de ellas. El Servicio de Información de la Guardia Civil (SIGC) apenas era un embrión de lo que llegaría a ser más tarde y la cruda verdad era que los guardias civiles no disponían de más información acerca de los criminales que la descripción que los testigos habían ofrecido esa misma tarde.

Iñaki Sarasketa y Txabi Etxebarrieta no tuvieron demasiados problemas para encontrar un lugar en el que refugiarse tras cometer el crimen. Determinados sectores de la sociedad vasca, no necesariamente nacionalistas, coincidían con la premisa justificativa que vendía ETA para su lucha contra el franquismo. La red de colaboradores de la organización contaba con presencia en la zona del atentado y los dos terroristas acordaron llamar a la puerta de uno de ellos, en Tolosa. Eduardo Osa se encontró con los dos etarras, que le pidieron, desencajados, que «los sacara de allí». Le explicaron lo que había sucedido y cómo habían abandonado su Seat 850 cerca del pueblo. Sin duda, conocían que la Guardia Civil habría desplegado un operativo de búsqueda y que ya debían de tener en sus manos una descripción de su aspecto físico. Ade-

más, los agentes no tardarían en descubrir la presencia del vehículo, fácilmente reconocible. Sarasketa y Etxebarrieta necesitaban salir de la zona y tenía que ser cuanto antes.

El Seat 850 fue localizado a las 19.00, una hora y media después de que los dos terroristas mataran a Pardines, junto al restaurante Benta Haundi, en el barrio de Olarrain, próximo a Tolosa. Los guardias civiles Manuel Flores y Domingo Rodríguez, de la Agrupación de Tráfico, habían recibido órdenes terminantes de sus superiores: debían dar el alto a todo coche que les infundiera sospechas y tratar de descubrir a quienes habían asesinado a su compañero. La pareja de agentes no tardó en interceptar un vehículo Seat de color limón. A bordo viajaban los dos etarras y su colaborador. «De la misma manera que las centraminas le habían puesto eufórico, dos horas después le hundieron en un ataque de pánico», detalla Sarasketa en la misma entrevista publicada en *El Mundo*. «Recuerdo que el guardia civil que registraba a Txabi lanzó un rugido», afirma el terrorista, definiendo la escena como «típica del oeste, de las de a ver quién tira primero». Según su testimonio, el agente apretó antes el gatillo e hirió mortalmente a Etxebarrieta mientras él se escapaba. Pero la causa sumarísima apunta a un cruce de disparos en el que el mismo Sarasketa vació el cargador de su arma. Así, según obra en la misma causa, quedó patente cuanto se incautó:

Se produjo un fuerte forcejeo al intentar empuñar Francisco Etxebarrieta su pistola, seguido de un tiroteo en el que participó este último, muerto al ser alcanzado, Ignacio Sarasketa y los componentes de la pareja. Se han recogido, en el lugar del suceso, vainas de los dos calibres ya expresados y otras de 9 mm corto, correspondientes a las armas de los guardias.

Etxebarrieta fue trasladado a un hospital cercano, donde falleció poco después. Eduardo Osa fue detenido, mientras que Sarasketa logró escapar campo a través. «Detuve un coche, amenacé al conductor y le obligué a que me llevara en dirección a Régil, cerca de Zarauz», cuenta el terrorista. El hombre que conducía el coche —inconvenientes o ventajas, según se mire, de operar en un entorno como aquel— resultó ser un pariente lejano. Sarasketa pensó en deshacerse del arma, pero el conductor, para asegurar su propia inocencia, le convenció de que era mejor que la guardase: «Si nos detenían, parecería más real que le estaba obligando». Una vez en Régil, y como había ocurrido en Tolosa, al

terrorista no le fue difícil hallar un lugar en el que ocultarse. De nuevo se encontró con la simpatía que parte del pueblo profesaba hacia ETA, erigida a la sazón como estandarte antifranquista y defensora de las tradiciones y la lengua vascas.

Llegué al pueblo por la noche y pregunté por el cura. Le conté que me buscaban y me escondieron. Pasé allí toda la noche, muerto de frío. Primero en el púlpito y después en el confesionario. Por la mañana me descubrió el sacristán. Entraron también unas mujeres y me acerqué para no asustarlas. Les pregunté a qué hora empezaba la primera misa, cosas así... El sacristán aprovechó y salió. Yo detrás. Ya estaba la iglesia rodeada.

Una vez detenido, los agentes trasladaron a Sarasketa a Tolosa para identificar el cadáver de su compañero Etxebarrieta, y a Villabona, escenario del crimen, para reconstruir los hechos. Después fue conducido a la Comandancia de San Sebastián para el interrogatorio y la instrucción de las diligencias. Allí se encontraba el camionero Fermín Garcés. Lo que había vivido el día anterior —con la imagen de José Antonio Pardines muerto todavía en la retina— le condujo a tomar una decisión que cambiaría el resto de sus días:

Me llevaron a la Comandancia de San Sebastián, en Ondarreta, y allí el jefe de la misma me dijo que tenía que bajar a los calabozos para identificar a Ignacio Sarasketa, para ver si lo reconocía como el autor del asesinato de Pardines, y si lo reconocía, debía decirlo. Me bajaron y allí lo vi, era él y así lo dije, pero recuerdo que tenía mal aspecto; el teniente coronel me dijo que llevaba dos o tres días sin dormir y en los que apenas había comido, no tenía ganas. Después me dijeron que tendría que testificar en el consejo de guerra, pero al final no tuve que hacerlo, me explicaron que por mi seguridad. Me ofrecieron una gratificación en metálico, una medalla y un camión, pero yo no quería nada. Aunque parezca un contrasentido, y así me lo han repetido infinidad de veces, fue entonces cuando decidí ingresar en la Guardia Civil; el contacto que en aquellos días tuve con el cuerpo me hizo tomar la decisión definitiva: quería ser como ellos, quería ser guardia civil y así se lo hice saber a los jefes de la Comandancia de San Sebastián. Aceleraron los trámites y el 1 de septiembre ingresé en el cuerpo, en el que he permanecido hasta el día de mi retiro. En 1987, casi veinte años después de los hechos, me concedieron la cruz con distintivo rojo de la Orden del Mérito del cuerpo de la Guardia Civil.

Iñaki Sarasketa fue juzgado una semana después en un consejo de guerra que se celebró en el cuartel del Ejército de Tierra de San Sebastián. En un primer momento se le condenó a 58 años de prisión, pero la sentencia fue anulada por un defecto de forma. En un segundo procedimiento, el terrorista fue condenado a pena de muerte y al pago de una indemnización de un millón de pesetas (aproximadamente 6.000 euros) a la familia de Pardines. La pena capital, no obstante, le fue conmutada por treinta años de cárcel, de los que cumplió nueve; tras la amnistía general de 1977 se exilió en Noruega.

Etxebarrieta fue erigido como héroe en el entorno abertzale y se le presentó ante la comunidad internacional como mártir del franquismo, el primero de ETA, y ejemplo de la lucha contra el régimen. El periódico *Gara*, en el cuarenta aniversario de los sucesos, lo calificó como «un chaval de 23 años» y un «líder nato» que, «pese a su temprana muerte», ya mandaba en ETA.

Los restos de José Antonio Pardines fueron enterrados en la localidad coruñesa de Malpica, donde había nacido. Al funeral asistió su padre, también guardia civil, y sus hermanos. La familia aún recuerda la sacudida que supuso la muerte de José Antonio.

José Antonio Pardines Arcay tenía 25 años y era gallego de Malpica, en La Coruña. Hijo y nieto de guardias civiles. A su padre Antonio le dijeron que su hijo había caído en acto de servicio. «Ni sabíamos lo que era ETA entonces, ¿qué íbamos a saber...? Un mes después asesinaron a Melitón Manzanas y yo pensé: “¿Toño ha sido el primero, por qué no también el último?”. Pero no... Fuera de mi casa no he vuelto a hablar de esto con nadie desde hace treinta años. Y ahora me cuesta tanto...»

Su padre, Antonio, solo sabe que su hijo dio el alto a alguien y se imagina que le dispararon desde el coche y le remataron después en el suelo. «Y es lo que más me duele, ese tiro de gracia. Fue todo una mala casualidad. Si no le hubiera tocado a él, habría sido a su compañero. Le gustaba el cuerpo, pero también influyó que en esa época no podían estudiar todos los hijos. Y él quería trabajar, tener un poco de dinero... Su primer destino fue en Asturias y estaba bien. Podía haberse quedado allí, pero le vino el empeño de ingresar en Tráfico. Por la moto nada más; le encantaban... Igual que el fútbol. Mire, aquí está en esta foto con la dicha moto... Y después, ya en San Sebastián, conoció a una chica, tenían pensado casarse.» Su novia se llamaba Emilia y era vasca. Viajó hasta Malpica cuando enterraron a José Antonio el 10 de junio de 1968. Lo reco-

gen los periódicos de la época, que destacaban «la masiva asistencia», «la presencia de un importantísimo número de autoridades» y se ceñían a la «muerte en acto de servicio». Casi ninguna referencia a ETA. «Lógico», dice el periodista Martínez Sevilla, enviado especial de *El Correo Gallego* y de TVE entonces. «Estaba muy claro que nombrar a ETA no resultaba conveniente. Teníamos mucho cuidado y, si se fija, en la mayoría de los periódicos se recurrió a la información de agencias.» El pueblo entero acudió, pero como se acudía a la muerte de cualquier vecino. En Malpica se dedicó una calle a Pardines. «La calle del guardia civil. ¿No le mataron en el País Vasco o algo así?», preguntan los vecinos.

A Antonio Pardines padre le queda, 30 años después, un miedo irracional al terrorismo. Tenía tres hijos y ahora solo tiene uno. El segundo murió hace unos años. El tercero, Manuel, es alcalde del Partido Popular en Malpica: «Mi padre perdió a su mujer con 30 años, a su hermano en la Guerra Civil; después, a sus dos hijos. No me tiene más que a mí. Ya no es como antes, que no se sabía nada... Cada vez que oía que algún político del PP había muerto... Yo no, no tengo miedo. Me parece absurdo. Hay una cosa que me anima: desde lo de mi hermano leo los periódicos con mucha atención cada vez que se publica algo sobre ETA. Nunca he vuelto a ver el nombre de Iñaki Sarasketa. Quiero pensar que, de alguna manera, se dio cuenta ya entonces de todo este sinsentido... Lo último que supe de él fue que le habían detenido al día siguiente y que le habían conmutado la pena de muerte».

La Guardia Civil rindió a José Antonio Pardines su particular homenaje en septiembre de 2015, cuando detuvo a los etarras David Pla e Iratxe Sorzabal. Ambos constituían la última cúpula de una ETA que ya agonizaba. El operativo, que supuso la escenificación de la derrota definitiva de la banda por parte de la policía, recibió el nombre de Operación Pardines.

Pero ¿qué había ocurrido en esa región del norte de España para que jóvenes con una cierta formación estuvieran dispuestos a matar y morir en defensa de los derechos del País Vasco y de su pueblo? La respuesta no puede ser sencilla, ni única. En un escenario mundial donde se estaban produciendo cambios importantes en materia económica, política, social y cultural, y con ejemplos idealizados de países que alcanzaban su plena independencia por vías pacíficas pero también revolucionarias, encarnadas por figuras míticas como Fidel Castro y Ernesto *Che* Guevara (abatido en Bolivia ocho meses antes que Pardines), no pocos vascos observaban con inquietud los cambios que se

producían en su entorno, y sentían la amenaza real de perder sus raíces y su idiosincrasia.

El régimen de Franco intentó revitalizar la economía española creando un polo de desarrollo industrial en el País Vasco y atrayendo a él mano de obra de otras zonas más desfavorecidas de España. Una naciente conciencia obrera, una necesidad cada vez mayor de justicia social, el paulatino alejamiento de los gobernantes de la nueva sociedad y, para decirlo todo, la notoria torpeza de las autoridades a la hora de encarar las peculiaridades de la cultura vasca, infundieron el miedo y la desconfianza en los sectores más nacionalistas, a la vez que animaban a los más jóvenes, a los menos conservadores, a hacer algo para cambiar la situación en que vivían, y detener el que consideraban deterioro irremediable de su patria. Por otra parte, la burguesía vasca se beneficiaba de los frutos incipientes del desarrollo económico y tenía en el Partido Nacionalista Vasco (PNV) su mayor referente político, aunque este se hallaba sumido como organización en la inactividad y el conformismo y era por tanto incapaz de ilusionar y liderar a esa parte de la sociedad ávida de cambiar la deriva de los últimos años.

Los jóvenes universitarios de Deusto nacidos en hogares burgueses y nacionalistas no se resignan al fatalismo ni a la inacción de sus padres. Impulsados por las corrientes ideológicas europeas, debaten sobre cómo fomentar y cultivar sus señas de identidad, sorteando al régimen de Franco y rebelándose frente a la línea tradicional de sus antecesores. Quieren tener identidad propia, pero por otra parte necesitan el reconocimiento de sus mayores, del propio PNV. La difícil convivencia de ambas «familias» nacionalistas lleva a la creación en 1959 de ETA, Euskadi Ta Askatasuna, o lo que es lo mismo, Patria y Libertad. Se definen en su primer documento como un movimiento apolítico y aconfesional que apuesta por la democracia y por la autodeterminación, y con total disposición para colaborar con el Gobierno vasco en el exilio. Nacen en plena época franquista con la comprensión de amplios sectores de la sociedad vasca, y orientan su actividad hacia la defensa de los derechos ciudadanos y la capacidad para decidir el destino de la patria vasca. Su marbete antifranquista les brinda apoyos de todo tipo, además de militantes y legitimidad. Asumen el papel de protagonistas de la resistencia activa vasca frente a Franco, aunque, como se verá años más tarde, su verdadero objetivo será alcanzar la independencia para Euskal Herria (concepto amplio de la patria vasca que engloba las tres provincias de Euskadi, Navarra y tres regiones del sudoeste francés).

De las palabras y razonamientos se pasa pronto a los hechos: en ese mismo año 1959 estallan las primeras y rudimentarias bombas, y las acciones propagandísticas que vienen acompañadas de su emblema, el hacha y la serpiente. Según sus creadores, la primera representa la fuerza y la segunda, la inteligencia, pero con el tiempo se llegará a la identificación de una con la lucha militar y la otra con la lucha política, interpretación sostenida en 2010 por un comisario francés en el juicio contra el dirigente de ETA *Mikel Antza* (y desmentida por este). Ha nacido una organización militar con objetivos políticos, según las propias palabras de sus militantes, un grupo terrorista que rebasará el medio siglo de vida. ETA se aprovechó de su carácter antifranquista y de las propias debilidades del régimen. Las autoridades reaccionaron ciegamente ante las primeras acciones del grupo, sin inteligencia alguna, optando por la vía gruesa de las detenciones masivas y la aplicación de estados de excepción tan inútiles como desatinados. Echaron así más gasolina al fuego. Además, los recursos de los que por aquel entonces disponía el Gobierno no eran los adecuados para afrontar el reto que acababa de surgir en el País Vasco; se trataba de un problema nuevo y complejo, al que se oponía un sistema viejo y oxidado. La Guardia Civil se encontraba aún en peor situación que la Policía, algo más curtida en enfrentarse a actividades político-sociales ilegales por tener encomendada esa misión específica. Ambos cuerpos policiales estaban desplegados en el País Vasco y eran, a la postre, los únicos instrumentos con los que el Gobierno pretendía sofocar los brotes de insurrección. La empresa tenía un punto débil: la carencia de información real sobre el problema, y la falta de conciencia de que era imprescindible contar con datos y testimonios precisos para afrontar con éxito un desafío de ese calado.

La Guardia Civil, algunos de cuyos oficiales leales a la República habían dirigido unidades importantes del Euzko Gudarostea (Ejército Vasco) en sus combates contra el avance de las tropas de Franco, estaba ampliamente repartida por el País Vasco y Navarra, con más de 40 acuartelamientos. En muchos recónditos lugares de esa parte de España venía a ser la única presencia real y efectiva del Estado. No hay que olvidar que el hecho de que la mayoría de la fuerza de la Guardia Civil no se sumase al levantamiento del 18 de julio del 36, con los graves problemas táctico-militares que ello les supuso a los generales sublevados contra la República, con especial incidencia en Madrid y Barcelona, hizo que Franco nunca se fiase del todo del instituto armado, por lo

que permitió en los años siguientes solamente un modelo de cuerpo con una mínima preparación, medios escasos y salarios y condiciones de vida miserables. Tras la Guerra Civil, el único objetivo de las fuerzas de seguridad era garantizar el orden público.

A partir de 1941 se pone en marcha dentro del cuerpo un embrionario Servicio de Información, orientado en principio a «la previsión y represión de cualquier movimiento subversivo». Sin embargo, la falta de mentalidad real para esa labor queda patente al contemplarse que para llevar a cabo esas tareas el vestir de paisano fuera algo excepcional, por lo que había que solicitar autorización escrita para cada caso, y establecerse como regla que la intervención como consecuencia de esos servicios de investigación se debía llevar a cabo por fuerza uniformada. Cuando comienza la actividad de ETA, los guardias civiles tienen como única experiencia lejanamente parecida el haberse enfrentado con éxito al maquis: el bandolerismo (en la terminología del régimen; la guerrilla, desde el punto de vista de los propios maquis), presente sobre todo en el medio rural, que a cargo de restos del ejército republicano, con predominio de elementos comunistas y el apoyo de familiares y simpatizantes, trató de continuar la lucha contra el régimen de Franco una vez acabada la Guerra Civil. Aquí sí se utilizó la información para combatir el fenómeno con éxito. Pero ambas amenazas no eran comparables: el maquis y ETA tenían pocas cosas en común; y una Guardia Civil mermada, poco preparada y exhausta tardaría bastantes años en poder hacer frente a la segunda. A partir de principios de los años sesenta, el Servicio de Información fue creciendo y mentalizándose frente a las nuevas amenazas, pero lo hacía de manera demasiado lenta para poder anticiparse a ellas.

Al régimen de Franco y a las fuerzas de seguridad les sorprendió la aparición de ETA. No supieron hacerle frente y emplearon métodos de guerra para tiempos de paz. Una mínima amenaza, como era la banda terrorista en su nacimiento, desbordó la capacidad de las fuerzas de orden público. De ellas, la que más carencias tenía entonces era la Guardia Civil. Pasado con holgura el siglo desde su fundación en 1844, con el objeto de tratar de erradicar, entre otras calamidades, el bandolerismo endémico que asolaba los caminos españoles e impedía el desarrollo económico del país, los guardias civiles, tras arrostrar incontables fatigas, volvían a tener por delante un difícil reto al que enfrentarse.